

(Publicado en Béjar.Biz en agosto del 2012)

POLITICOS, NOSOTROS Y EL RESULTADO DE TODO

J. Francisco Fabián

Se ha desatado una especie de fobia a los políticos. Cuando alguien saca la conversación y los pone de vuelta y media, es raro el interlocutor que discrepa. Es cierto que muchas veces hablamos más de lo debido, pero también lo es que hay mucho de real en lo que hemos terminado pensando de ellos. Y da igual que sean políticos del Estado, de las autonomías o municipales, todos se meten ahora en el mismo saco. Internet hace llegar cada día miles de mensajes personales que prenden muy bien en el caldo de cultivo bien abonado del ciudadano. Mal asunto este, porque cuando dejamos de creer en quienes nos organizan la vida en sociedad, estamos a un paso de la depresión social, del abandono de la idea de lo común e incluso de echarnos en los brazos de cualquier desalmado con buena labia, capaz de convencernos de que él es la salvación y la diferencia.

Cuando nació la democracia, la voluntad de hacer algo por inventar un nuevo mundo para todos, llevó honestamente a miles de personas a ayudar en el intento, dedicándose a la política con ilusión. Pero desde entonces hasta ahora la cantidad de ejemplos de todo lo contrario ha contribuido crecientemente a un descrédito alarmante de la profesión política, por real en tantos casos, como por exagerado y vehemente en los juicios ciudadanos, por otro. Hay mucho de verdad y una parte de exageración, y también otra parte que desgraciadamente no se conoce. Va todo junto en la realidad. El poder con todas sus prebendas (que pueden ser muchas y muy rentables), determinados intereses particulares y hasta el probar a ver qué tal, han llevado a una cantidad considerable de ciudadanos (que no en todos los casos) a ser políticos. Y ya sea como diputados, como senadores, procuradores autonómicos, políticos de diputaciones, alcaldes o como concejales se ha llegado a admitir para ello a auténticos “cualquieras”, primero, por parte de los partidos políticos, que no han puesto filtros y luego, por parte de los ciudadanos, que a pesar de saberlo, les hemos votado, iniciando con ello su carrera con toda legitimidad. El sistema ha resultado ser tan banal en múltiples casos que cualquiera ha valido para ser político, cuando la realidad es que no vale cualquiera para ello. Rotundamente no. Hay que tener dotes, como para todo. La exigencia cuando se trata de algo tan importante como organizar a la sociedad, debe ser máxima. No solo se ha colocado en estos escalones del poder a títeres y espantapájaros, que nadie sabe de dónde demonios han salido ni qué es lo que saben hacer en esto, sino también a codiciadas marionetas de fácil manipulación, a eufóricos de mandar en algo y presidir procesiones y actos varios donde se comía, se bebía bien y se viajaba, sin dejar a un lado a caraduras y jetas de mucha altura, a listos y a aprovechados, que sabían de la conveniencia personal de estar ahí arriba. En fin, tanto inútil, tanto manta y tanto jeta se han ido propagando en 35 años de democracia de tal manera que no solo han ocultado a los buenos ante la opinión pública, sino que les han desplazado en muchos casos, porque la inutilidad no consiente nunca competencia de lo contrario. Y es lógico, porque la pone en evidencia.

Cuando ahora nos llevamos las manos a la cabeza después de hacer análisis de la situación, nos viene un brote de desesperanza que declina en depresión e impotencia, y en una rebelión verbal que tendría que haberse dado antes de esta epidemia, la cual ha

tenido, como era de esperar, sus consecuencias en buena parte de lo que padecemos. Los que analizan estas cosas saben cuanto de causa hay en la asunción al poder de políticos de medio pelo y de su propagación alarmante por todos los estamentos; tipos que han tenido incluso mucho poder y lo siguen teniendo, sujetos que han administrado fondos inmensos, que manejados con sensatez e inteligencia no nos hubieran llevado a estas cosas que ahora tanto nos duele ver construidas o derruidas o desiertas o sin objeto ni fundamento, sin un cálculo real de su utilidad. Ya no es lo más importe si han ganado más o menos, si comen por ahí más o menos en los saraos del poder, sino lo que han resuelto y resuelven.

No debemos olvidar que el problema lo hemos consentido nosotros también, enfrascados en cultivar e invertir fundamentalmente en lo propio, en lo nuestro, en lo particular, creyendo bastante poco en lo común, que era precisamente lo que organizaban ellos. Hasta que eso común ha derivado en lo propio, removiendo nuestras sensibilidades y despertando una conciencia que era hasta hace nada secundaria. Solo cuando nos ha desbordado una realidad muy jodida es cuando nos hemos puesto a recapacitar. Tarde, muy tarde. Ahora nos tocaría limpiar (¡pero a saber cómo!) tanta mierda, mientras que estando al tanto de lo común y sus cosas, es decir haciendo limpieza periódica, hubiera sido mucho más fácil y ahora no estaríamos así, ni tan desanimados. Pero ya es tarde, solo queda limpiar bien y aprender a no ser tan mantas nosotros también, para no consentir que lo sean los que ponemos nosotros a resolver lo común.